

FILMS de AMOR

CADETES



Num.
284

Cts.
25

Trude von Molo - Albert Basserman

FILMS DE AMOR

DIRECTOR REGISTRARIO EDITORIAL
RAMON SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y MAQUINAS
Vianca, 234-Apartado 707-Barcelona

ALAS

AGENCIA DE VENTAS
Sdad. Cral. Española de Librería-Barbana, 14 y 16-Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 254

(KADLTEN, 1931)

CADETES

(Detrás de las murallas rojas de Lichterfelde)

Narración novelada de la película del mismo nombre basada en el emocionante drama de Peter Murr, interpretada por el gran actor

FRANZ FIEDLER

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

Producción HEROS FILM

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

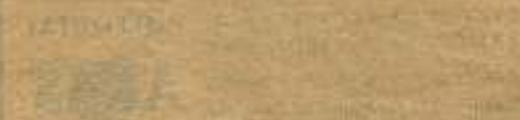
Via Layetana, núm. 33 - Barcelona

REPARTO

Rodolfo Sedda
General Sedda
Elera

FRANZ FIEDLER
Albert Basserman
Trude Von Molo

Argumento de dicha película



PRIMERA PARTE

Los cuarteles de la Academia Militar de Lindefeld, situados en uno de los suburbios de Berlín, aún no se habían levantado, y aunque ya eran casi once de las seis de la mañana, hora en que la corneta les despertaría, dormían profundamente, como si se hallaran en el primer sueño. La rigurosa disciplina de la Academia les hacía descansar por las noches, el lecho, donde descansarían por unas horas de la fatiga del ejercicio que imponía el reglamento de hierro.

Casi no había amanecido. Las primeras luces del crepúsculo empezaban a filtrarse por las ventanas de los dormitorios, cuando el corneta de guardia lanzó desde el patio de la Academia, las notas rápidas y alegres de la diana.

—Muchachos, a vestirse rápidamente!—gritó Zerbitz el sargento del dormitorio número 7.

Los cadetes como impulsados por un resorte pegaron un salto y se dirigieron inmedia-

taente hacia el lavabo para el uso matinal.

—Uno, dos, tres... diez, once, doce... ¿y Brenken? ¿Dónde está Brenken?—dijo el sargento al darse cuenta que faltaba uno.

—Me parece que no ha oído la corneta—dijo un cadete, mientras se lavaba.

Ayer, Muller, cogió una palangana de agua, y fue a ese zángano que siempre se retrasa. El día que el capitán me llame la atención por culpa suya se ha caído.

Muller, seguida de los otros cadetes, que reían reocajados, cogió una palangana llena de agua, y la echó encima del infeliz Brenken.

—¡Maldita sea! Un salvavidas! ¡Socorro! ¡Socorro!—gritó cómicamente Brenken, que debía sufrir seguramente que iba en un barco.

—¡Holgazán! Levántese en seguida si no quiere que le arreste—dijo el Sargento, que no podía contener las ganas de reírse al ver la facha del muchacho.

Los cadetes empezaron a vestirse.

—Oye, Seddin, ¿te queda todavía un poco de esa hermosaísima botifarra de Pomerania?

—No sé, chico—contestó el joven cadete Rodolfo Seddin.

—Me parece que te has levantado de mal humor, ¿qué te sucede?—le preguntó Buring, su íntimo amigo.

—Lo de siempre. Estoy esquivo de todo esto.

—No sé por qué lo aguantas. Yo en tu lugar me negaría a seguir en la Academia, aunque eso me quitaría el placer de tu amistad.

—Gracias, Buring, pero tú no conoces a mi padre. Los Seddin han sido todos soldados, desde que se conoce la historia de mi familia, y no me quedará más remedio que serlo yo también.

—A pesar de todo, no me resignaría. Tú tienes un verdadero talento musical. Esa es tu vocación y la deberías seguir contra todos.

—Dejemos eso, Buring, ya te lo he dicho antes. No conoce a mi padre. Es muy bueno, me quiere entrañablemente, pero por eso no pasa, ni pasará nunca.

Una vez los cadetes vestidos y recitados por el Oficial de su compañía, se dirigieron a la clase de equitación. Acabada ésta, tenían un cuarto de hora de descanso, y se reunieron Seddin, Brenken, Buring y algunos otros del 7.º dormitorio.

—¿Qué tal, Brenquen? ¿Parece que ya vas entrando, verdad? Hoy sólo te he regañado el capitán Maltzahn seis veces.

—Si el capitán Maltzahn no fuera tan buena persona, era capaz de insultarlo—contestó el buenazo de Brenken, poniendo una cara deplorable.

—Pues no te quejarás; tu regna Gabriela se ha estado hoy muy quieta.

—Hoy, sí. Pero, ¿no sabéis lo que me hizo el otro día el Capitán?

—¿Qué?

—Pues me entregó una lanza de caballería y dijo: Oiga, cadete: "Deje ir las riendas, tome la lanza entre las manos, sosténdala en alto y al saltar el caballo, diga: Soy Federico Ernesto de Brenken, oriundo de Halla."

—¿Y qué hiciste?—preguntó Buring, riendo hasta las lágrimas.

—¿Qué qué hice? Pues que no había pronunciado todavía el nombre de pila, cuando me encontré en el suelo, mientras Gabriela me miraba con sus ojillos burbues.

SEGUNDA PARTE

El cadete Rodolfo de Seddin era hijo del General Seddin. El General había enviudado hacía tres años y se había vuelto a casar con Elena Widemann, apesar de llevarle más de treinta años de diferencia de edad.

Rodolfo se había encariñado inmediatamente con su madrastra, de la que le separaban



Rodolfo se había enamorado por su madrastra.

solamente dos años escasos. Elena hubiese competido con aquel muchacho, en quien adivinó una naturaleza extraordinariamente sensible y poética, y comprendió en seguida que la carrera militar era la última que debiera habérsela impuesta. Sin embargo, ni su belleza ni su juventud lograron convencer al General de que desistiese de su propósito.

—Escucha, Wolfagn — decía Elena a su marido, el General Seidin, una vez más —. Yo

creo que después de tantos militares, la familia Seidin puede permitirse el lujo de que uno de ellos sea artista...

—¿Artista? Por Dios, Elena. No insistas, sólo el air esa palabra me pone los nervios de punta.

No es así, Rodolfo estoy segura que es un verdadero artista. No puedes negar que el muchacho posee un talento extraordinario y un temperamento asombroso. Le he oído tocar alguna de sus composiciones y las encuentro bellísimas.

No sigas, Elena, te lo ruego.

—Ma apena que no me complazcas en esto que te pido.

—Mujer, no seas así. Pídemle lo que quieras, cualquier capricho y accederé a él de buena gana. Ya sabes que nada te niego. Pero eso de ninguna manera. ¡Al menos al chico se le ocurriera componer marchas militares!...

—Como quieras, pero yo no encuentro bien que hayas metido en una Academia de cadetes contra su voluntad y sabiendo que tiene talento para otra cosa.

El General, impaciente y molesto, porque no quería provocar un disgusto con su esposa, se levantó, no sin antes haber dicho de forma enérgica

Elena: si Rodolfo hubiese sido una chica, conforme. Pero se trata de mi hijo. Comprendes? ¡De mi hijo, y mi hijo será soldado!



- 3. una marcha militar.

Elena quedée pensativa, pero al cabo de unos momentos se presentó en el comedor el propio Rodolfo, a quien le habían concedido permiso, por ser un domingo por la tarde.

— ¿Qué tal, mamá? — exclamó Rodolfo, besando en la frente a su madrastra. — Cada día estás más guapa.

— No seas tonto, chiquillo! Esta noche en el baile de los cadetes encontrarás muchachas mucho más guapas que yo.

Rodolfo se quedó mirando muy serio a Elena, y exclamó después riendo alegremente:

— En todo Berlín no hay una mujer tan bonita como tú.

— Bien, Rodolfo, entonces, espero que no te avergonzarás de bailar al menos una vez con tu madre.

— ¡Todas las veces que quieras, mamá! Pero tengo que decirte una cosa, te traigo una sorpresa!

— ¿Sí? ¿Has compuesto algo?

— Sí. Una marcha militar.

— ¿Qué estás diciendo?

— Sí. He querido que papá tuviera una alegría y voy a darle esta sorpresa. Esta noche la banda de la Academia tocará, durante el baile, mi composición. ¿Tú crees que papá estará contento?

— Hace un momento me decías que al menos si compusieras marchas militares...

— ¿Quieres que te toque al piano? Lo haré muy bajito y papá no nos oirá.

— Ya la oíré esta noche, Rodolfo, esa será también mi sorpresa. Ahora, te ruego que toques la Canción de Amor, que tú has compuesto.

— Bien, pero con una condición, mamá.

— ¿Cuál?

— Que no me mires. Te lo aseguro, no podría. Voy a tocar, pero sobre todo no me mires.

CANCION DE AMOR

Tú eres el placer, tú eres el dolor,
 el sol que me da su calor, tú eres.
 Mirándome tú, mi pecho arde de amor,
 mirándome tú, mi dicha es celestial.
 Rojo es el vino y roja es la sangre
 y roja es tu boca que a besar invita.
 Rojo es la llama del amor que incita,
 que arde y se consume, mas no quema.
 Tú eres el placer, tú eres el dolor,
 el sol que me da su calor, tú eres...
 Mirándome tú mi pecho se calmó,
 hablándome tú, mi dicha es celestial.

— Rodolfo, es hermosa, muy hermosa... —
 dijo Elena, emocionada, mirando los ojos del
 cadete, tan azules y tan limpidos.

— ¿De veras te gusta, mamá?

— No te rindas, Rodolfo; aunque digan lo
 que digan, tú debes ser miéico...

— ¿Te ha gustado la canción, mamá? Te
 la voy a dedicar...

— En realidad, es extraño que me llames
 mamá... — dijo Elena —. Tenemos casi la mis-
 ma edad. Dime, ¿te enfadaste porque tu padre
 se casó conmigo?

Rodolfo no contestó. Se quedó mirando a
 Elena, feliz de poder contemplar su belleza
 turbadora, y ambos callaron sin querer escu-
 deñar en el fondo de sus corazones...

TERCERA PARTE

El capitán Maltzahn se estaba afeitando de
 vestir para asistir al baile de la Academia Mi-
 litar. Encima de la mesita de su despacho ha-
 bía un sobre cerrado, sin ninguna dirección
 escrita en él, y el capitán contemplaba, irres-
 soluto. De pronto, llamó a su asistente:

— ¡Hennig!

— A sus órdenes, Capitán! — contestó el asis-
 tente, presentándose.

— Esta noche debes asistir al baile de la
 Academia. Ayudarás al servicio de guarda-
 ropía.

— ¡Capitán! Esta noche tenía permiso de
 usted para salir; tengo que reunirme con mi
 novia.

— ¡Cállese! Usted vendrá al baile. ¿Enten-
 dido?

—Bien—contestó Heening, mientras por sus ojos pasaba una ráfaga de ira.

Y ahora, coga usted el sobre que está encima de esa mesa, y lívela a casa del General Seddin.

¿A quién debo entregarlo, capitán?

Ilágase presentar a la señora del general, y le entrega usted el sobre, en propias manos y a solas. Supongo que me ha entendido, ¿eh? Cúmpla lo que le he dicho al pie de la letra.

—Bien, Capitán.

Momentos después, Elena abrió el sobre y leyó: "Querida Elena: Esta noche es preciso que hablemos un momento a solas. Supongo que a esto no se negará usted! ¿Mi compañera de juegos en la niñez, no se quiere acordar ya de mí? Elena, has de ser mía, mi amor no retrocederá ante nada. Hasta esta noche, con un beso que yo quisiera correspondido.—Carlos Maltzahn."

Elena hizo un gesto de disgusto, pero escondió la misiva, pues oyó el ruido de pasos de su marido, que se dirigía a su encuentro para conducirla al baile.

El aspecto que presentaba el salón de fiestas de la Academia era agradabilísimo a la vista. Casi todas las caras eran jóvenes, y los cadetes, que pocas veces tenían ocasión de asistir a alguna fiesta, no se separaban de las muchachas.

Después de que la orquesta hubo tocado un

par de bailables, el director de la misma, dijo dirigiéndose al público:

"Señores: la banda de la Academia va a tener el gusto de interpretar una Marcha Militar compuesta por el cadete Rodolfo Seddin."

Elena, ¿qué es eso?

—¡Wolfgang! Tu hijo ha querido que estuvieras orgulloso de él, y ha compuesto una marcha militar en tu honor.

Calló el general, pues comprendió que la emoción no le iba a permitir pronunciar palabra alguna.

Al terminar la banda la Marcha, de ritmo vibrante y excelentemente compuesta, la ovación que estalló fué clamorosa, y el General no pudo por menos que estrechar a su hijo entre sus brazos, aunque no le dijo una sola palabra.

El capitán Maltzahn, pidió a Elena el honor de un baile y ésta se lo concedió después de pedir permiso a su marido.

Elena, ¿Por qué ese silencio tuyo? ¿Serás capaz de decirme que no me quieres?—dijo el Capitán mientras bailaban.

—Carlos, no quiero que me escribas más. ¿Mo entiendes? No quiero ni puedo traicionar a mi marido. Es un hombre leal y caballero, no se merece eso...

—¿Por qué te casaste con él si no le quieres?

—Cállate, Carlos, no tienes derecho a reclu-
tárnome. Además, nunca comprenderás...

—¿El qué?

—¡Nada! Tu ruego que no me escribas. Ya sabes que te apraio, que te quiero como a un buen amigo, no en vano hemos pasado tantos años juntos. Siempre has sido un hombre digno, no quieras ahora mancharte con una canallada.

El general Sedán se pasó buena parte de la noche hablando con los demás oficiales y el capitán Maltzahn casi no se separó de Elena.

Rodolfo bailó un baile con su madrastra y después salió a la terraza. En eso notó que alguien se había acercado a su espalda y en voz queda pronunciaba su nombre.

—¿Cadete Sedán!

—¿Qué desea? —contestó Rodolfo, contem-
plando a un soldado que se había cuadrado en
su presencia.

—Soy el asistente del capitán Carlos Maltzahn. Deseo comunicarle algo, pero antes de-
searía que usted me asegurara que no dará
parte.

—¡Buena! Hable de una vez. ¿Qué pasa?
—respondió Rodolfo de mala gana.

—Señor Cadete: deme su palabra de honor
de que no dará parte.

—Bien. La tiene usted. ¡Hable!

—Escúcheme, señor cadete... El capitán
Maltzahn... y su madre... yo... soy el porta-



— Señor Cadete: deme su palabra de honor...

dor de las cartas... El retrato de su madre está
encima del escritorio del capitán. Tenga cui-
dado, si su padre se entera...

—¿Qué está usted diciendo? ¿Cómo se atre-
ve usted?... ¡Salga inmediatamente del sa-
lón!... —gritó Rodolfo con voz rebuda por la
rabia y el dolor.

—Bien... pero acuérdesse usted... su ma-
dre lo pagará caro... y él es un granuja.

Es difícil describir el estado de excitación

on que se hallaba Rodolfo, cuando terminado el baile, y una vez en su lecho de la Academia, pudo pensar en las palabras que le había dicho el asistente del capitán Maltzahn.

—¿Qué motivos habrán impulsado a Hennig a confesar a Rodolfo el amor del capitán hacia la madre de éste? Hay que tener en cuenta que Maltzahn era un oficial alemán que no admitía la más mínima infracción en la disciplina y que trataba a sus subordinados—nunca a los cadetes—en forma más bien brutal. Hennig, que era muy torpe, había sido insultado muchas veces por el capitán y le odiaba. Además, aquella noche le había privado de reunirse con su novia y eso le impulsó a cometer aquella vileza.

Rodolfo no podía capear el sueño. Adoraba a su madre y en su pecho la ira iba creciendo por momentos. Hacia las tres de la madrugada, procurando que el sargento de guardia no le descubriera, se vistió, y saltando las tapias de la Academia, se encontró en la calle. Después se dirigió a la casa donde habitaba el Capitán Maltzahn.

Este acababa de llegar a su casa, pues después del baile se quedó en compañía de otros oficiales. Al entrar encontró a Hennig completamente borracho.

—¿Qué haces ahí?

—Ca... pí... tán... contestó aquél tambaleándose.

—Cerdo. Eres un borracho indecente. ¿Cerdo!

—¡No soy ningún cerdo!

—Vete a la cama. Mañana hablaremos.

Hennig se marchó haciendo esos y repitiendo: ¡no soy ningún cerdo!...

Rodolfo llamó a la puerta y el mismo Maltzahn bajó a abrir.

—¿Quién es?

—Yo, capitán.

—¿Sedán?

—Señor capitán, ¿puedo hablar con usted un momento?

El tono de Rodolfo era extraordinariamente enérgico, y Maltzahn, sin contestar le hizo entrar y subió las escaleras que conducían hasta su habitación del primer piso.

—Entre usted—dijo—¿Qué quiere usted? ¿Tiene usted permiso?

—No, capitán. No tengo permiso, pero tengo que hablarle.

—¿Se ha vuelto usted loco?

Rodolfo no se inmóvil ante el tono del capitán y contestó:

—He dicho que tengo que hablarle y no me marcharé de aquí sin haberlo hecho!

—¡Decididamente está usted loco! Bien. ¿Qué quiere? ¿Qué es lo que tiene que comunicarme?

—Capitán Maltzahn: Usted se equivoca: no

vengo un momento de mi madre; ella no sabe que estoy aquí.

—¡Ah! ¿Entonces dígame que hace usted a esta hora fuera de la Academia y en mi casa?—preguntó el capitán.

—Quería... dijo Rodolfo serenamente que no molestara usted más a mi madre.

—¿Pero, Seddín? Esto es inconcebible. ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Conteste!

—¡No estoy loco, señor capitán! Lo que no quiero es que la gente se ría de mi padre... ni que se ría tampoco de mi madrastra... debe usted dejar a mi madre en paz...

—Este son tonterías... Dígame, ¿qué es lo que cree usted de mí? ¿Quién le ha metido esto en la cabeza?... Quiero saber quién ha sido.

—Yo lo único que necesito... respondió Rodolfo... es su palabra de honor de que no molestará usted ni un momento más a mi madre.

—¡Maldita sea! ¡Basta ya! ¡Ya he soportado bastante! ¡Lárguese inmediatamente a la Academia! ¡Fuera!

—Capitán, le advierto que me daré de baja, y después mataré a usted mis padrinos.

El capitán cambió de pronto de fátiga. Comprendió la exasperación del muchacho e intentó calmarlo de otra forma.

—Seddín, escucheme, sea razonable. Por su madre quiero olvidar que ha estado aquí

esta noche. Tranquíllese. Siéntese en ese sillón y vamos a hablar.

—Necesito antes que me dé usted su palabra de honor, capitán.

—¡Siéntese, le ha dicho! Rodolfo, es usted muy joven todavía y no puede comprender ciertas cosas. Le honra a usted el querer defender a su padre... y a su madre... pero usted se está metiendo en un asunto del que no sabe una palabra. Yo amo a su madre... sí... sí... déjeme hablar... la amo. ¿Qué culpa tengo yo?... yo amaba a su madre antes de ser la esposa de su padre...

—Señor capitán, renuncie a esas revelaciones... Solamente necesito su palabra de honor de que no molestará a mi madre.

—Basta ya, señor cadete. Le mando que salga de esta habitación inmediatamente.

—Su palabra de honor.

—Le ordeno que...

CUARTA PARTE

A la mañana siguiente un teniente de la Academia penetró en el despacho del coronel de la misma y le dijo:

—Señor coronel, dos señores de la policía

criminalista, ruegan ser recibidos por Vuestrecesas.

—¿De la policía? — exclamó extrañado el coronel—. Bien, hágalos pasar.

—Buenos días, caballeros, ustedes dirán lo que se les ofrece — dijo el coronel.

—Permítame que nos presentemos, señor coronel. Soy el comisario superior de policía y mi secretario señor Mosse.

—Tanto gusto. Ustedes dirán.

—¿Sabe usted señor coronel, que esta mañana ha sido encontrado asesinado el capitán de su Academia, Carlos Maltzahn?

—¿Qué está usted diciendo? — exclamó el coronel poniéndose en pie sobresaltado.

—Sí, señor. Ha sido hallado muerto en su domicilio. Presenta la señal de un balazo que le ha penetrado en la cabeza, produciéndole seguramente una muerte instantánea, y a pocos pasos de él, en el suelo, ha sido hallada una pistola.

—¡Pero esto que me están ustedes comunicando es horroroso!

—Ciertamente, coronel.

—¿Y ustedes que desean, entonces?

—Solamente que nos permita usted interrogar al cadete Rodolfo Seddin.

—¿Al cadete Seddin? ¿Pero qué tiene que ver?

—Señor coronel. Existen sospechas de que

el autor del asesinato del capitán ha sido el cadete Seddin.

—Pero, reflexionen ustedes. Este es un caso inverosímil, casi grotesco. ¿Un cadete de nuestra Academia? ¡Esto es una locura!

—La noche pasada, el capitán Maltzahn recibió la visita, hasta las tres de la madrugada, del cadete Seddin.

—¡Imposible! — contestó fuera de sí el coronel.

El comisario continuó sin inmutarse:

—Ambos señores sostuvieron una conversación en alta voz y violenta. Cuando el asistente Hennig quiso despertar esta mañana al capitán, lo encontró muerto en su habitación...

—Yo les digo a ustedes que esto es imposible. Ningún cadete puede salir de noche de la Academia. Verá usted. Teniente Brunig, presénteme el parte de ésta madrugada.

A los pocos instantes el teniente Brunig entregaba al coronel el parte, y éste pudo leer: "A las cuatro de la madrugada el sargento de guardia detuvo al cadete Rodolfo Seddin, cuando trataba de penetrar en la Academia, después de haber pasado la noche fuera, sin que éste haya declarado en la forma que se ausentó..."

El coronel, visiblemente turbado, hizo comparecer a Seddin, y no logrando que éste prestara declaración de ninguna clase, fué entre-



— Créame, gene al, yo no creo capaz a su hijo...

gado al Comisario de Policía, quien le condujo detenido.

El coronel informó inmediatamente al General Sedda rogándole que viniera a la Academia, para comunicarle un asunto urgente.

El general, al enterarse de lo ocurrido, quedó profundamente abrumado, tanto más por cuanto no comprendía de ninguna manera lo sucedido, ni el por qué de la visita de Rodolfo al capitán.

— Créame, general, yo no creo capaz a su hijo de acción semejante, pero es preciso que usted le vea y trate de arrancarle una declaración. Ante mí se ha negado a hacer manifestación alguna.

— Bien, Iré.

El Comisario de Policía acordó a que el General visitara a su hijo, y éste penetró en el calabozo donde estaba detenido Rodolfo.

Padre e hijo se miraron un momento y Rodolfo, elevando la cabeza entre las brzas, se echó a llorar.

— Rodolfo, ¿Hijo mío! Dime la verdad. Lo que no confieses a nadie debes decirme a mí.

— Padre!

— Rodolfo, mírame a los ojos. Lo que ahora me digas, lo creeré; ¿me entiendes? Te creo, te lo juro. Confíesame; ¿Has matado al capitán?

— ¡No, papá!

— Escucha; ¿eres culpable de su muerte?

— ¡No!

— ¡Gracias, hijo mío!—dijo el padre estrechando a Rodolfo entre sus brazos. ¡Pobrecillo! Dime; ¿no puedes confesarme lo que querías del capitán, anoche?

— No, papá, eso no puedo decirte.



—No puedo, papá. Eso no lo diré nunca.

—Escucha, confíesalo todo. Es la única manera de que te dejen en libertad. Tú eres el único que sabes lo que ha sucedido. De lo contrario yo tendré que pedir el retró. No puedo seguir en el ejército con un hijo acusado de criminal.

- No puedo, papá. Eso no lo diré nunca.
 —Pero, ¿por qué?
 —No me lo preguntes, te lo ruego. Eso me

hace mil veces más doloroso lo que me está sucediendo.

Todo fue inútil, ni su padre, ni el coronel, ni su abogado lograron que Rodolfo declarase una palabra.

ULTIMA PARTE

El Tribunal que había de juzgar a Rodolfo Seidín, ya se hallaba reunido. Momentos antes de comenzar la vista sobre el asesinato del capitán Maltzahn, Rodolfo recibió la visita de su amigo Burig. Ambos muchachos se abrazaron estrechamente.

—Gracias, Burig, eres un buen amigo. Te agradezco infinitamente el que hayas venido a verme.

—Valor, Seidín. No sé nada de cuanto te sucede, pero creo en ti.

—Qué bueno eres, Burig. Tu amistad me consuela de todo. Pero, escucha, contéstame a una pregunta, lealmente.

—Dí.

—¿En el dormitorio, mis compañeros, me creen culpable?

—Te aseguro que no, Rodolfo. Todos te creemos inocente y si alguien se atreviese a decir lo contrario, te aseguro que le romperíamos las narices.

—¡Oh! Ursetas. Dale a todos un abrazo muy fuerte de mi parte. No sé cómo acabará esto. Después ya te lo contaré todo a ti. Eres el único a quien pueda confiarle, pero primero ha de verse mi causa.

Adiós, Rodolfo. Que la suerte te acompañe. Pero sea cual sea la solución de este asunto, yo siempre te creeré inocente.

Se abrazaron otra vez los dos amigos, muy emocionados, y en seguida fué llamado Rodolfo a comparecer ante el Tribunal.

Una vez en el cuartillo de los acusados, vio a su madrasca sentada al lado del general. Elena le hizo un gesto amistoso, pero pudo él ver cómo dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

Rodolfo contemplaba a su madre, y su pecho se embió aliviado de cuanto padeciera. Por ella era capaz de sufrir todo y se sentía con fuerzas para arrostrar incluso la muerte, con tal de que el honor de ella no padeciera la más leve mancha.

El Presidente del Tribunal, después del juramento de rigor, y las preguntas acostumbradas, preguntó a Rodolfo:

—Cada te Seddin, hasta ahora se ha negado usted terminantemente a declarar. Este es un

método de defensa deplorable, sobre todo, cuando todas las sospechas recaen sobre usted de una manera confusiva. ¿Confiesa usted que fué la noche de antes a casa del capitán Maltzahn?

—Sí, señor Presidente—contestó Rodolfo.

—¿Qué motivo le impulsaron a ello?

—Es inútil esta pregunta, señor Presidente. No puedo decir los motivos.

—¿Confiaba usted que sostuvo una discusión violenta con el capitán?

—Sí señor Presidente.

—Y que durante esta disputa, dió usted muerte al capitán Maltzahn?

—Yo no lo maté. Discutimos y me ordenó que me marchara a la Academia, y así lo hice.

—Es usted de una torpeza incomprensible, acusado. En fin. Continuamos con la prueba.

—Destago Henrig.

—Servidor, señor Presidente—dijo el Asistente del capitán Maltzahn, pasando al lugar de los testigos.

—¿Oyó usted un tiro en la habitación del capitán?

—No, señor Presidente. Dormía profundamente durante mi primer sueño y no oí nada. De haberlo oído habría seguramente entrado en la habitación del capitán.

El abogado de Seddin, dijo:

—¿Me permite, señor Presidente? Testigo Hennig, ¿el capitán era un hombre afable en el trato?

—Amable no lo era — respondió Hennig.

—¿Le había tratado a usted bruscamente alguna vez?

—Sí, señor.

—Gracias. Nada más, señor Presidente — dijo el abogado.

El Presidente siguió:

—Acusado, yo esperaba que la presencia de sus padres, le induciría a usted a hablar. ¿Quiere usted hacer alguna declaración?

—No tengo nada que declarar, señor Presidente — respondió Rodolfo.

—Bien Adelante Cadete Brenken.

—Presente — dijo éste.

—¿El capitán Maltzahn, le trataba a usted alguna vez bruscamente?

—El señor capitán era muy severo, pero todos lo queríamos.

—Usted es un buen amigo del cadete Seddin. Contésteme francamente. ¿Cree usted que haya sido él el autor del crimen?

—De ninguna manera, señor Presidente. Yo creo, y como yo, todos sus compañeros, que el cadete Seddin es inocente. Todos respondemos de él.

—Bien cadete Brenken, nada más. Puede usted retirarse.

El abogado de Seddin se levantó diciendo:

—¿Me permite interrogar al acusado, señor Presidente?

—El señor abogado tiene la palabra.

—Cadete Seddin, ¿es usted buen tirador?

—Regular, señor abogado.

—¿Sabe usted manejar las pistolas del ejército?

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de examinar esta pistola. ¿Conoce este modelo?

—No, señor Presidente, este modelo me es desconocido.

—¿Cómo es eso posible? — preguntó el abogado.

—Muy sencillo. Es un nuevo modelo que solamente poseía el capitán Maltzahn.

—Bien. Adíquese, señor Seddin. Haga usted el favor de quitarle el seguro.

Rodolfo trató de hacerlo, después de coger la pistola, aunque inútilmente.

—No sé cómo funciona, señor abogado.

—Bien, Testigo Hennig, ¿hace usted el favor de ayudar al acusado? Quite usted el seguro de la pistola.

—Detengan ustedes a este hombre! — dijo el abogado a los gendarmes señalando a Hennig, mientras éste instintivamente trató de huir sin conseguirlo, pues fué detenido inmediatamente.

—Confesó usted — dijo el abogado —. Ue-

ted misma se ha descubierta. ¿Mató usted al capitán Malzahn?

—Sí, señor — contestó Hennig descompuesto.

—¿Quiere usted contarnos cómo sucedió eso?

—Señor abogado. Perdon, el capitán me maltrataba, me insultaba. Aquella noche me quitó el permiso, y después me insultó, me llamó cerda, y me dio una patada. Cuando el cadete Sedlitz se hubo mareado trató de sacarme del lecho... yo había bebido un poco, entonces me golpeó con la fusta... y yo me defendí... sin darme cuenta de lo que hacía cogí su pistola y disparé...

—Señores — dijo el Presidente— Se suspende la sesión. El cadete Rodolfo Sedlitz, queda en libertad.

Elena y el general abanzaron a Rodolfo, y se dirigieron a su casa.

Aquel mismo día, Elena y Rodolfo se encontraron a solas, y a instancias de éste Rodolfo confesó todo lo sucedido.

—¡Rodolfo! ¿Eres un hombre! Un verdadero hombre! Fuiste a casa del capitán a dar la cara por mí. Pero yo quiero decirte una cosa: tu padre y tú no habéis tenido un solo instante motivo de queja para avergonzaros de mí... ¿me crees?

—Sí, mamá. Siempre he creído en ti.

Entró el general en la salita donde estaban

Elena y Rodolfo, y dirigiéndose a Rodolfo, dijo:

—Hijo mío. Nunca te preguntaré lo que has callado delante de todo el mundo. Hoy me he sentido orgulloso de ti, eres un verdadero Sedlitz, y ahora, Elena, vas a estar contenta. Rodolfo, desde este momento eres libre de abandonar la Academia y dedicarte a la música, si esa es tu vocación.

Rodolfo se abrazó a los brazos de su padre, mientras Elena cogía uno de las manos del general y la besaba.

FIN

Acontecimiento

Ve esta a la venta la novela basada en el film del célebre

RENÉ CLAIR

14 DE JULIO

Precio: UNA pra.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - A partado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco de grata.

SELECCION FILMS DE AMOR

56 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 5 céntimos

TITULOS PUBLICADOS:

Ave del Paraíso

Interpretada por la bella actriz
Dolores del Río y **J. Mac Cree**.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella **Kathe de Nagy** y el apuesto **Jean Murat**.

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por **Williy Forest**
y la genial **Liane Haid**.

La insaciable

por la fascinante **Carole Lombard**
acompañada por **Ricardo Cortez** y **Paul Lukas**.

El vencedor

protagonistas: **Jean Murat** y la
bella actriz **Kathe de Nagy**.

PROXIMAMENTE:

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de
la **Revolución rusa**, y revive los
incidentes de tan apasionante con-
flagración. Brillante interpretación
del célebre **Bancroft** y **Miriam Hopkins**.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: **30 cts.**

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gal del
Imperio Argentina

J. Mac Donald

Jose Mojica

Roberto Rey

Blanca Negri Alady

Enriqueta Serrano

Felisa Galé

Cena Gomez

Orquesta Flana

L. Harv y H. Garat

Maurice Chevalier

Ramón

Azacena Maizana

Mario Visconti

El Cante Jondo

Carlos Gardel

(Nuevos tangos)

Dolly Haas

Lupe Rivas Cacho

M. cedés Serós

Custodia Romero

Emilio Sagi-Barba

Marcos Redondo

Marlene Dietrich

Agustín Irusta

Luisita Esteso

Olvido Rodríguez

Josefina Baker

Juan B. Giliberti

Conchita Piquer

Gaynor - Farrell

Olimpia de Córdoba

Imperio Argentina

Nuevos tangos

Goyita Herrero

Raquel Meller

PEDIDOS A

EDITORIAL "HAAS" Apartado 707
BARCELONA

Sevimos números sueltos y colecciones, completas, previa
venta del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis